Soneto 45

No estés lejos de mí un sólo día, porque cómo,  
porque, no sé decírtelo, es largo el día,  
y te estaré esperando como en las estaciones  
cuando en alguna parte se durmieron los trenes.  
No te vayas por una hora porque entonces  
en esa hora se juntan las gotas del desvelo  
y tal vez todo el humo que anda buscando casa  
venga a matar aún mi corazón perdido.  
  
Ay que no se quebrante tu silueta en la arena,  
ay que no vuelen tus párpados en la ausencia:  
no te vayas por un minuto, bienamada,  
  
porque en ese minuto te habrás ido tan lejos  
que yo cruzaré toda la tierra preguntando  
si volverás o si me dejarás muriendo.

12  
  
Para mi corazón basta tu pecho,   
para tu libertad bastan mis alas.   
Desde mi boca llegará hasta el cielo   
lo que estaba dormido sobre tu alma.   
  
Es en ti la ilusión de cada día.   
Llegas como el rocío a las corolas.   
Socavas el horizonte con tu ausencia.   
Eternamente en fuga como la ola.   
  
He dicho que cantabas en el viento   
como los pinos y como los mástiles.   
Como ellos eres alta y taciturna.   
Y entristeces de pronto, como un viaje.   
  
Acogedora como un viejo camino.   
Te pueblan ecos y voces nostálgicas.   
Yo desperté y a veces emigran y huyen   
pájaros que dormían en tu alma.

15  
  
Me gustas cuando callas porque estás como ausente,  
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.  
Parece que los ojos se te hubieran volado  
y parece que un beso te cerrara la boca.Como todas las cosas están llenas de mi alma  
emerges de las cosas, llena del alma mía.  
Mariposa de sueño, te pareces a mi alma,   
y te pareces a la palabra melancolía.Me gustas cuando callas y estás como distante.  
Y estás como quejándote, mariposa en arrullo.  
Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza:  
déjame que me calle con el silencio tuyo.Déjame que te hable también con tu silencio  
claro como una lámpara, simple como un anillo.  
Eres como la noche, callada y constelada.  
Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.Me gustas cuando callas porque estás como ausente.  
Distante y dolorosa como si hubieras muerto.  
Una palabra entonces, una sonrisa bastan.  
Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

Soneto 22  
  
Cuántas veces, amor, te amé sin verte y tal vez sin recuerdo,   
sin reconocer tu mirada, sin mirarte, centaura,   
en regiones contrarias, en un mediodía quemante:   
eras sólo el aroma de los cereales que amo.   
  
Tal vez te vi, te supuse al pasar levantando una copa   
en Angola, a la luz de la luna de Junio,   
o eras tú la cintura de aquella guitarra   
que toqué en las tinieblas y sonó como el mar desmedido.   
  
Te amé sin que yo lo supiera, y busqué tu memoria.   
En las casas vacías entré con linterna a robar tu retrato.   
Pero yo ya sabía cómo era. De pronto   
  
mientras ibas conmigo te toqué y se detuvo mi vida:   
frente a mis ojos estabas, reinándome, y reinas.   
Como hoguera en los bosques el fuego es tu reino.

Soneto 93  
  
Si alguna vez tu pecho se detiene,   
si algo deja de andar ardiendo por tus venas,   
si tu voz en tu boca se va sin ser palabra,   
si tus manos se olvidan de volar y se duermen,   
Matilde, amor, deja tus labios entreabiertos   
porque ese último beso debe durar conmigo,   
debe quedar inmóvil para siempre en tu boca   
para que así también me acompañe en mi muerte.   
Me moriré besando tu loca boca fría,   
abrazando el racimo perdido de tu cuerpo,   
y buscando la luz de tus ojos cerrados.   
Y así cuando la tierra reciba nuestro abrazo   
iremos confundidos en una sola muerte   
a vivir para siempre la eternidad de un beso.